

Apuntes históricos sobre la clase obrera en México*

ALEJANDRO GARCIA

El período de formación propiamente dicha constituye parte esencial en la memoria histórica, y es la clave igualmente para entender tanto el escaso protagonismo de los trabajadores industriales y sus organizaciones en el proceso revolucionario (y cuando participaron orgánicamente lo hicieron como carne de cañón contra las fuerzas campesinas, p. ejemplo: los Batallones Rojos, fuerza de choque carranzista), como el decurso posterior del M.O. en México, caracterizado por la incapacidad de constituir en su seno proyectos político-organizativos de carácter masivo y anticapitalista, o bien sindicatos mayoritarios que a pesar del corporativismo inherente, en algún momento hubieran cuestionado radicalmente por su propia dinámica, la legitimidad y estabilidad de la sociedad imperante. El hecho de que la clase obrera de este País haya esgrimido una sólo vez la única o fundamental arma política con que cuenta el movimiento, es decir la Huelga General (y éste en 1916 siendo además limitada casi exclusivamente al D.F.), explica la necesidad de recurrir a su historia desde el principio.

Y el principio de su historia es el comienzo de las formas de producción capitalistas en México, son los primeros establecimientos que tienen por objeto la produc-

* Este trabajo fué presentado como introducción histórica a una Memoria de Licenciatura que con el título de «Bibliografía para el estudio de la clase obrera en México» se leyó en la Universidad de Murcia en Octubre de 1982.



ción de mercancías y que para ello convierten el trabajo humano en una mercancía más, son las primeras expresiones de lo que será lo económicamente dominante 30 ó 40 años después; expresiones que aunque aisladas todavía y flotantes en una magma tan gelatinosa como lo era la vieja sociedad que se resistía a morir, representaban cabalmente, la nueva época que se estaba construyendo (o mejor dicho que construían tanto aquí como en Europa o Japón aquellos que vendían su fuerza de trabajo).

Como en general la industria textil constituye uno de los soportes básicos del tránsito al capitalismo; es la primera expresión industrial, por la relativa facilidad con que se transita a ella desde el taller artesano; al mismo tiempo, necesita de concentración proletaria y da lugar por tanto a los primeros núcleos obreros. Ahora bien en México como elemento de particularidad, la vieja historia minera va a cumplir también en su momento su papel, y en verdad de manera decisiva. Las explotaciones mineras, tienen una importancia fundamental en la transformación económica, tanto por los capitales que absorben como porque va a ser el sector económico que coloque a México en el punto que le asigna la naciente división internacional del trabajo: exportador de materia prima, fundamentalmente mineral. En 1880 el 80% de las exportaciones son productos minerales.

No es de extrañar pues que el sector obrero más importante numéricamente sea el minero (en 1867 agrupa 102.000 trabajadores repartidos en unas 3.000 explotaciones), situado mayoritariamente en el Centro y Norte del país. Como comparación vemos que 10 años más tarde, es decir en 1877 la industria textil agrupa a 12.400 obreros repartidos en 97 fábricas, que coincidiendo con lo anterior, también se sitúan en la zona centro-norte. El término medio de obreros concentrados en una fábrica textil es 4 veces superior al de la explotación minera media (textiles-concentración; mineros-dispersión).

A partir de los 70 irrumpen en la escena económica hasta ese momento de cierta tranquilidad, nuevos sectores obreros surgidos de la nueva etapa de desarrollo, a saber los ferroviarios, que trabajarán en la construcción de las primeras líneas de ferrocarril (y posteriormente en su explotación) y los obreros de nuevas industrias necesarias para lo anterior. (metalúrgicos, etc.). A diferencia de los dos sectores anteriores (mineros, textiles), definidos por baja composición orgánica de capital y con rudimentaria división del trabajo, la instalación ferroviaria y las primeras fundiciones exigen una considerable inversión en máquinas, herramientas y condiciones de producción así como una mucho más estricta división del trabajo; al mismo tiempo una mayor concentración proletaria.

Ahora bien estos primeros centros industriales constituyen en ese momento islas nuevas en un inmenso mar, el mar del artesanado tradicional que sigue siendo dominante, tanto por generar la mayor parte de las mercancías que se producen en el país, como por integrar a la gran mayoría de los trabajadores no agrarios que las producen.

México a diferencia de los países más avanzados económicamente del mundo del momento, es un país aplastantemente agrario y artesanal; incluso si lo comparamos con los países más atrasados de Europa que en ese momento viven fases de cambio hacia el desarrollo industrial (Italia y España), podemos comprobar que el artesanado gremial tiene mucha mayor importancia y posibilidades de subsistencia que en ellos.

El artesanal es un sector de vieja tradición gremial, su larga y secular historia le ha enseñado cuáles son las más elementales formas de defensa ante un enemigo exterior, pero ahora hay una diferencia. Durante los siglos en que la producción artesana constituía el centro de la actividad no agraria, y se encontraba en pleno furor de su actividad, la función de los gremios y corporaciones consistía en legitimar y consolidar sus condiciones de existencia que ciertamente no estaban exentas de privilegio. Los siglos XVI-XVII ven un largo período de ofensiva gremial por asegurar prebendas y privilegios que nadie discute. Del caos artesanal va a surgir el orden capitalista. Pero la historia no contenta a todos, no todos los artesanos se convirtieron en capitalistas. A mitad del siglo XIX la vieja sabiduría de la prepotencia se ha transformado en la picardía de la defensa; los viejos instrumentos de ataque del gremio se han convertido en los nuevos de defensa. Hay que defenderse ante la imposibilidad de competir con las nuevas industrias; se crean las primeras sociedades de Socorro Mútuo; la función está clara: protección. La primera sociedad de este tipo que nace en México la hace en 1853 (Sociedad Particular de Socorros Mútuos).

El gremialismo mutualista mexicano va a ser dominante hasta finales de la década del 70, momento en que comienza a experimentar un cambio significativo. El carácter gremial del mutualismo, cerradamente corporativo, es la expresión ideológica-política de un grupo en extinción que representa al estado precapitalista pronto a perecer, sus instrumentos a más de obsoletos son rudos, teniendo como función la prestación de primeros auxilios ante una muerte más o menos inminente.

Así pues, las primeras *expresiones organizadas* en la "prehistoria" obrera fueron las Sociedades Obreras de Socorro Mútuo, que bien de manera independiente o bien ligadas a las artesanales surgieron y subsistieron durante un par de décadas.

Ante esta cuestión estimo que debemos plantearnos la siguiente pregunta: ¿los núcleos obreros son de extracción campesina o bien los constituyen en lo fundamental antiguos pequeños artesanos sumamente empobrecidos?. Y ésto por dos razones: a) en el caso de ascendencia campesina, no entendemos con claridad cómo antiguos campesinos ahora obreros y organizados como clase, desconocieron absolutamente los estallidos, y luchas campesinas que, a partir de los 70, tienen lugar en el País. Y no sólo en este caso concreto, sino que el anti-campesinismo fue permanente tanto en ese momento como en la historia posterior (recordemos los BR); b) en el caso de artesanos transformados en obreros entendemos mejor lo anteriormente formulado así como la adopción propia que hacen de las viejas tradiciones gremiales a las que se asimilan como algo natural.

En este sentido *Hart*, creo, sobreestima el carácter cohesionador que el anarquismo da al movimiento obrero y las sublevaciones agrarias; para ello toma como ejemplo la insurrección de Chávez en 1878 (ejemplo que me parece hartamente discutible en cuanto que los tres o cuatro obreros que participan lo hacen más como militantes anarquistas que como expresiones “orgánicas” de la clase obrera).

A la transformación del mutualismo en cooperativismo, podríamos decir que significa el paso de la defensa exclusiva, a la *defensa que políticamente se organiza* bajo un proyecto emancipador. Es decir, la creencia (asimilable al cartismo y a las experiencias de Owen, etc.) en la posibilidad de construir cooperativas “socialistas” o “libertarias” que sirvan tanto de ayuda colectiva como de ejemplo asumible, en la lucha anticapitalista. El cooperativismo que como idea práctica se extiende en México a partir de los 70, significa un avance ideológico-político. En esos años prácticamente la totalidad de la clase trabajadora organizada, lo está en este tipo de entidades, que con uno u otro nombre, correspondientes a una u otra rama, en lo fundamental tienen el mismo y único objetivo.

El cambio que la economía nacional comienza a experimentar a partir de los 80 va a transformar sensiblemente el carácter de las viejas relaciones imperantes. La consolidación de la dictadura de Díaz tiene bastante que ver con el momento por el que atraviesan los países capitalistas más desarrollados; momento determinado por la primera gran crisis general del capitalismo. La necesidad de recomponer la valorización del capital y las tasas de crecimiento-beneficio que no consiguen realizar en sus propios países van a posibilitar el crecimiento industrial de otros, entre ellos México; el porfiriato va a encontrar su justificación y legitimación pues, en la conversión y transformación del país. Sólo puede haber crecimiento con “orden”, o mejor dicho el “orden” es el precio que hay que pagar para conseguir el progreso.

Las últimas dos décadas del XIX son testigos en México de un cambio real en lo que se refiere a las prácticas del bloque socio-económico que detenta el poder político; su gestión y actuación política experimentan cambios significativos pero en lo esencial (y a esto me refiero), la composición de tal bloque sigue siendo prácticamente la misma; y la comparación hay que plantearla en este punto, a saber que en un gran número de países que viven una industrialización más o menos acelerada (Alemania, Austro-Hungría, Italia, España, etc.), y que llegan a ella tardíamente van a unificar (no romper), lo oligárquico-terrateniente y sus formas despóticas de dominio, con los nuevos proyectos burgueses basados en la racionalidad y la normativización de las relaciones. Utilizando un símil de A. Gramsci podríamos considerar que se trata de una *cohesión* de la fase económico-corporativa con la fase propiamente política en lo que respecta al dominio de la clase dominante; y no una superación de aquella por ésta. La burguesía que no tiene autonomía como tal, puesto que al mismo tiempo es oligarquía terrateniente, hereda las viejas formas despóticas de dirección, barnizándolas con el color de los nuevos tiempos. Pues bien, esto, de una manera más o menos parecida ocurre en México, durante el porfiriato con el adita-

mento, claro está, de las particularidades locales. Particularidades que, por cierto, la tiñen de un siniestro color negro y de un hediondo olor a cadáveres, que de más está decir no son los de los privilegiados.

El cambio que se produce en la gestión política porfiriana en lo que a nuestro trabajo se refiere lo podemos ver en el tratamiento que se les da a las huelgas y a las organizaciones obreras a partir de la consolidación de la dictadura. Las huelgas que de manera esporádica se habían sucedido a partir de 1868 (año de la primera huelga en la historia del país, la de la Fama Montañesa) y que culminan en 1875 con el estallamiento del conflicto generalizado del textil en el Valle de México, habían tomado por sorpresa al gobierno y a los jóvenes capitalistas nativos. El paro de actividades laborales era un problema que no se había previsto; eso no ocurría antes y ni siquiera se había pensado en su posibilidad. Seguramente los burgueses no tenían conciencia que la actividad capitalista engendrabasu directa contradicción. (Aquí sería conveniente apuntar, que el proletariado nacional no había expresado anteriormente ningún tipo de actuación antipatronal, ni siquiera en forma de desesperación grupal como el ludismo, fenómeno por aquél tiempo bastante generalizado en los países europeos). Así tampoco el gobierno tenía previsto nada para ese caso. La resolución de esas primeras huelgas se hace al margen del aparato jurídico y estatal, generalmente por mediación de hombres o entidades que de manera altruista y cívica desean contribuir a la buena marcha de las cosas.

Sólo en caso de irresolubilidad mediante negociación se recurrirá al empleo del ejército, cosa que hasta los 80 no será frecuente. A partir de ese momento, que coincide con el afianzamiento de lo que se ha dado en llamar el estado liberal-oligárquico, los mecanismos del aparato estatal puestos a funcionar en los conflictos interclases, va a ser otro. En principio la figura jurídica de la huelga se va a codificar, se va a establecer toda una normativa legal que intervenga, justifique, etc., la actuación del cuerpo estatal, que en la mayoría de los casos se manifestará con la intervención militar y represiva. No es que se acabe con la arbitrariedad anti-obrera, antes bien a ésta se le da forma jurídica, recurriendo a la racionalidad; (científicos).

Obviamente, el cambio en la actuación del Estado hacia la clase obrera, tiene repercusiones significativas en ésta. Ahora bien también cabría preguntarse (la respuesta sería posiblemente afirmativa), si lo que contribuye al endurecimiento del aparato estatal, no habría sido el aumento de la combatividad obrera, y el lento aunque evidente crecimiento de sus organizaciones. Organizaciones a las que la fuerza de la realidad les está haciendo evolucionar en sus posiciones ante el problema social. O bien dicho de otro modo los proyectos emancipatorios y liberadores, representados fundamentalmente por el libertarismo anárquista, ganan terreno en el seno de la clase; y eso sí, hay que combatirlos con eficacia y ejemplaridad. No tanto por miedo a lo que pueda ocurrir como por cuestión de salud pública. La oligarquía y la burocracia militar conocen el estado de desorganicidad e inoperatividad del movimiento obrero (que comienza a expresarse como tal movimiento aunque todavía

muy lejanamente). Todavía tardará muchos años en cuajar la primera organización de ámbito estatal. El primer intento de hacerlo fue en 1870 con el nacimiento del GCOM (Gran Círculo de Obreros) organización principal en aquéllos años.

La historia del anarquismo en México es tan vieja como la historia obrera. La idea toma forma al igual que en España e Italia y se desarrolla en el interior del artesano. Como expusimos anteriormente, el paso al cooperativismo organizativo está fundamentalmente influido por el anarquismo que entre los artesanos y gremios va abriéndose camino. Camino llamado no tanto por la llegada de emigrantes de la Europa Latina como, por la situación que en la producción capitalista y sus relaciones sociales se conforma.

Es aceptado que las experiencias europeas en la lucha revolucionaria transmitidas por los activistas que de allí llegaban tuvieron su efecto, es más los primeros centros obreros proto-anarquistas están nucleados en torno a la figura de algún europeo de los que el caso más conocido es el maestro Rhodakanaty. Ahora bien, la influencia de estos es limitada, exclusivamente a los trabajadores autónomos, puesto que la mayor parte de ellos se establecen a su llegada como pequeños círculos, pequeñas escuelas obreras, reducidos grupos de discusión, etc., es decisivo. La idea penetra más que por la práctica del enfrentamiento interclasista por el convencimiento moral de una nueva ética humana. El anarquismo en México es recogido y asimilado por los obreros como un componente más (quizá al final el más importante) de la tradición que el gremialismo más genuino les legaba. No surge en los centros industriales y mineros sino en el seno de las clases pequeño-comerciantes urbanas; no es una bandera en el combate campesino sino un espíritu incubado en las ciudades. Y aquí de nuevo surge la tentación comparativa: el societarismo ácrata nace en España con inmensa fuerza campesina. Los sueños seculares de emancipación de los trabajadores agrarios encuentran su razón de ser y la lógica de su existencia en un mundo que deja de ser campesino.

La especificidad del anarquismo mexicano se expresa en lo que antes planteábamos; fuerte influencia del liberalismo, consideración paternalista del estado, posibilidad de la negociación pacífica y creencia en la evolución. En esto hay alejamiento de su homónimo europeo y sus prácticas radicales, violentas, teñidas del más intransigente de los anti-estatismos. Posiblemente lo que de alguna manera explica la especificidad anteriormente citada sea, el que aquí no se han creado aún fuertes concentraciones industriales aunque sean aisladas (las grandes masas obreras tienen conciencia de despojo y desarraigo civil), el que el Estado de la Reforma sea en gran medida fruto de la insurrección popular y en su seno se recojan parte de las aspiraciones populares; y en definitiva el que la base de apoyo del juarismo y su restauración descansa en las masas urbanas y campesinas. Tal situación característica de la realidad del país, hasta la violencia estricta porfiriana va a explicar de alguna manera el tinte pacifista de los grupos ácratas mexicanos.

Artículos como el aparecido en la Internacional de esa época encabezado por la

frase “No quisiéramos luchar contra nadie, bien lo sabe Dios” no volverán a escribirse a partir de los 90. En esa época algo ha cambiado. Ha cambiado la beligerancia agresiva de la institución estatal y ésta se ha identificado más nítidamente con la defensa de los privilegios de la oligarquía. Han aumentado los centros obreros. Han surgido muchos sectores con potencialidad de lucha como los ferroviarios. Además la tradición revolucionaria se ha enriquecido con nuevas experiencias propias y ajenas. La minería se ha convertido definitivamente en sector capitalista. Si el ferrocarril sirvió en la revolución para transportar tropas y contingentes revolucionarios, a final de siglo y comienzos del presente fue vehículo del trasvase de ideas y experiencias que emanaban de los obreros norteamericanos.

Gran parte de los trabajadores norteamericanos en el ferrocarril mexicano, traen aquí como bagaje sindical y político, sus vínculos con la IWW. Este sindicato consejista y libertario surgido en el seno de los emigrantes europeos en las más grandes ciudades norteamericanas, constituye sin duda, la expresión más sublime y cabal de la ética revolucionaria.

La influencia de la práctica sindical de la IWW y los escritos políticos de Daniel de León (que tanto impresionaran y afectaran a A. Gramsci) tuvieron que tener sin duda gran importancia. Dicho sindicato a mitad de la primera década del siglo tenía varias decenas de centros a lo largo de México y curiosamente siempre sobre la línea del ferrocarril.

Durante esa época tiene lugar precisamente la primera huelga revolucionaria propiamente dicha: Cananea. Esta tiene la importancia de ser el primer enfrentamiento directo, no identificable como lucha gremial y que está definido por el espontaneísmo tanto en su carácter político como organizativo. Podríamos decir que en sentido general, Cananea significa el nacimiento del movimiento propiamente obrero como tal. Es expresión de una lucha que pasa de corporativa a política.

Es precisamente en estos años anteriores a la revolución, cuando nace el Partido Liberal Mexicano (PLM), curiosa mezcla de anarquismo y populismo teñido de mesianismo caudillista. Su dirigente y fundador Flores Magón, despliega una furiosa actividad, que tiene como resultado a lo largo de varios años hacer que un grupo de obreristas iluminados, se constituya en serio problema a la estabilidad de la situación. La prohibición y persecución del PLM, dio con los huesos en la cárcel de la mayoría de sus militantes y los pocos que lograron cruzar las fronteras norteamericanas fueron cordialmente instalados; pero en prisiones de alta seguridad en el estado de Texas.

Sin duda el Partido Liberal (extraño nombre para un partido obrero) fue el 1^{er} gran intento serio de constituir una organización que fungiera como cabeza política consciente del proletariado mexicano.

Tras este período y con la perspectiva histórica de que disponemos, podemos afirmar que, en particular, en esta etapa (como etapa de formación), y, en general, en la historia de la clase obrera mexicana, la tradición teórico-organizativa más rica,

radical y emancipadora se expresó en el anarquismo. Posteriormente a 1912 esa tradición va a quedar diluída por los acontecimientos sociales. Según mi criterio la revolución mexicana constituye pues un quiebre, de alguna manera un retroceso en las experiencias revolucionarias y combativas del movimiento obrero en México.

La revolución que se desencadena a partir de Noviembre de 1910, fue un movimiento de masas campesinas, con carácter fundamentalmente agrario.

La composición de los ejércitos es rural y los escenarios de los enfrentamientos son las llanuras desérticas del norte y los vergeles tropicales del centro y sur.

Lo que se dirime es prioritariamente el carácter de la propiedad agraria. Las ciudades en todo caso son centros expectantes de la contienda campesina; tomar ciudades para cualquier bando a veces es más una cuestión de prestigio que de importancia estratégica. Si tuvieramos que elaborar un mapa político-militar de esta época, las líneas maestras vendrían dadas por lo siguiente: al sur de la ciudad de México, el ejército zapatista, compuesto fundamentalmente por pequeños propietarios agrícolas desposeídos en los últimos años por la avaricia caciquil, y cuyo objetivo es legalizar la ocupación y el reparto de tierras. Combinan las campañas militares con el trabajo agrícola, de tal manera que durante la época de recolección no se dispara un tiro. Políticamente se identifican con el ideario mesiánico-agrarista de su caudillo Zapata, al cual la mística campesina atribuye caracteres milagrosos.

Al norte el ejército de Pancho Villa integrado por obreros del campo, braceros y vaqueros de las grandes haciendas, es decir desharrapados, hombres desposeídos de toda propiedad excepto su fuerza de trabajo. El objetivo de ésta milicia es más confuso, menos nítido, pero hay un fuerte sentimiento de reparto igualitarista, de trabajo en común. Aquí se habla poco de propiedad agraria equitativa, y mucho de aniquilar al enemigo del pueblo, representado en la figura caricaturizada del terrateniente absentista.

Los obreros industriales asentados en su mayoría en la capital de la república y en menor medida en cuatro o cinco ciudades (Guadalajara, Monterrey, Saltillo y Puebla) se mantienen al margen de la contienda; e incluso entre ellos hay una atmósfera general de repudio a las devastaciones bélicas que achacan sobre todo al ejército de campesinos villistas. Además durante los tres primeros años de Revolución la clase obrera no tiene ni siquiera una organización política que le sea propia, descontando claro está la multitud de pequeños y atomizados sindicatos gremiales que subsisten desde hace 10 o 20 años.

Es precisamente en 1913 cuando se constituye esa organización a la que se denomina Casa del Obrero Mundial (COM). En general los estudiosos del movimiento obrero en México han considerado siempre a la COM como la 1ª expresión política del proletariado mexicano moderno. No es un sindicato aunque tampoco un partido político clásico. Más bien una convergencia de ideas y proyectos revolucionarios que teniendo como punto común el sentido libertario se agrupan libremente. Sus objetivos: luchar por la emancipación de la clase obrera y del pueblo en general. Se exige

de sus miembros más activos el ejercicio del apostolado a lo largo y ancho del país con el fin de crear nuevos núcleos de la organización. Sus miembros: artesanos de los diversos oficios, así como obreros del textil, minas y ferrocarriles. Las puertas de la casa están abiertas, para la feligresía del aventurerismo anarquista internacional.

El infantilismo así como la ingenuidad de esta primera organización fue más que notable. Quizá se debió a una historia anterior poco curtida en actividades que dejan enseñanza duradera. Sea como fuere, faltó capacidad para sortear los obstáculos que inmediatamente después tendrían que salvar como veremos a continuación.

En 1914 a propuestas del nuevo presidente de México Venustiano Carranza, (habiendo como contrapartida apoyo económico y político) la COM después de violentos debates internos, decide sumarse a la lucha contra los ejércitos campesinos de Villa. Su aportación a la guerra tendrá dos funciones: extensa campaña política en la que participan los dirigentes obreros del momento, denunciando a las bandas armadas campesinas como responsables del caos, destrucción y salvajismo que asola al país; y otra más práctica y eficaz que consiste en la creación de destacamentos de trabajadores armados llamados "Batallones Rojos" que se incorporan al frente de guerra para reforzar al ejército constitucional.

La suerte de los "Batallones Rojos" en la campaña militar fue en general desgraciada, dándose el caso frecuente de haber sido aniquilados el primer día de combates. Pero en fin ésto forma parte más bien del anecdotario histórico que no es precisamente el objeto de nuestros comentarios.

Poco tiempo bastó para que la COM recapacitara sobre el paso en falso que acababa de dar. La desertión de los pocos obreros que aún sobrevivían se hizo total en 1915. Pero ya era demasiado tarde: habían contribuido a la derrota de Villa por el terrateniente-burgués Carranza, y éste ahora apuntaba sus baterías hacia ellos y además desde una cómoda posición de poder. Las promesas que para conseguir su apoyo les había hecho Carranza fueron olvidadas; los Batallones fueron desarmados y los obreros conducidos de nuevo a los puestos de trabajo. Pero ahora bajo condiciones más duras. Como es tradicional en épocas de guerra la sobreexplotación fue justificada, como medio de reconstruir el país.

Al cabo de unos meses, ya entrado el año 1916 las condiciones de trabajo leoninas piden a gritos una reacción obrera; ésta no se hace esperar (es provocada incluso por el poder que lleva meses preparándose para hacerle frente) y es convocada desde la COM la huelga general en todo el país. La respuesta obrera a la huelga es masiva. La reacción del estado, demoledora. La milicia como siempre actúa de verdugo. La ciudad huele a pólvora, los fusiles cantan durante dos días; es la hecatombe para miles de obreros. La COM desaparece.

La huelga general del 16 cierra una etapa en la historia obrera de México. El proletariado industrial comprendió tarde que la alianza con el campesinado era indispensable para luchar contra el poder. Todavía hoy, 60 años después, aquel retazo de historia no ha sido olvidado por las masas campesinas.

La primera central sindical de estilo clásico que nació en México surge en 1918 en un congreso que tuvo lugar en Saltillo (Coahuila). Concurrieron diversos sindicatos de ramos, y algunas organizaciones sindicales de pequeña implantación que acuerdan fundar la Confederación Regional Obrera de México (CROM). El objetivo central de esta nueva organización, es la defensa de los intereses de sus asociados; según ésto el aumento del poder económico de la clase será elevado a consigna máxima. El economicismo estará en el puesto de mando del sindicato; hay que desterrar los objetivos políticos y centrarse en lo alcanzable. Los dirigentes elegidos se declaran apolíticos y antimarxistas aún cuando admitan en la base diversidad de opiniones. El nuevo secretario general Morones es la encarnación típica del dirigente sindical americano: populista, paternalista, derrochador y gran demagogo. La posición del naciente sindicato hacia el gobierno es oscura; algunos saben que el congreso fundacional ha sido subvencionado por el gobierno, todos conocen la buena amistad que une a Morones con el jefe del estado Carranza.

Utilizando la nomenclatura europea podríamos decir que la CROM se inscribe en los modelos del sindicalismo reformista, eso sí con particularidades propiamente mexicanas. Las huelgas serán convocadas ordenadamente y con objetivos estrictamente económicos, intentando en la medida de lo posible individualizarlas. Según la literatura "cronista" el estado está ajeno a cualquier contienda, es amigo y protector de los obreros, hay que ayudarlo a mantener el orden. En éste y otros muchos aspectos se evidencian similitudes no casuales con la American Federation of Labour (AFL). Esta desde hacía muchos años estaba interesada en la creación de un sindicato mexicano estable, fuerte y con garantías de control.

Precisamente por ésta fecha (1918) la AFL se ha consolidado como la más poderosa central obrera americana y está dispuesta a exportar su modelo anticomunista al resto del continente. Sabido es que en el congreso de fundación en Saltillo estuvieron presentes representantes norteamericanos.

A pesar de todo en el nuevo sindicato hay incorporadas fuertes tendencias obre-ristas, es más la fascinación que sobre México ejerció la revolución bolchevique llegó también a la CROM. En 1918 todo México creía que la revolución mexicana había sido el prelude para la rusa. Zapata lanza una extensa proclama identificándose con los objetivos del nuevo gobierno soviético, y saluda afectuosamente al "compañero" Lenin.

Carranza es el primero de los jefes de estado en reconocer al gobierno de los soviets, y el comité ejecutivo de la CROM decide integrarse aunque sólo sea por unos meses en el Buró Comunista Latinoamericano.

Este estaba formado además de la CROM, por el Sindicato de Ferroviarios y por la sección mexicana de la IWW. El buró fue de efímera vida pero sirvió para la aglutinación de los sectores que en ese momento se identificaban con la revolución rusa y el naciente movimiento comunista internacional. No superó las tensiones y antagonismo existente entre las diversas organizaciones miembros. Se disuelve a fi-

nales de 1918 y se convoca un nuevo congreso socialista al cual quedan invitados todos los grupos obreros del país. El objetivo es crear un Partido Socialista fuerte y numeroso.

El congreso tiene lugar en Septiembre de 1919 y desde el primer día se identifican varias tendencias: una formada por los dispuestos a crear el Partido Comunista; otra reformista de derechas identificada con el jefe de CROM Morones; y una tercera progobierno.

Comprendiblemente el congreso duró pocos días y acabó sin ningún resultado práctico, dando como consecuencia el que una gran parte de militantes de la CROM se desprendieran de ella con el fin de crear una nueva organización sindical. Esta nace un año después y es denominada Central General de Trabajadores (CGT).

La década de los 20 en México va a tener importancia decisiva para la historia posterior del país. El desarrollo económico va a ser acelerado bruscamente. Hay que reconstruir las instalaciones industriales dañadas seriamente por diez años de contienda. Las masas están cansadas de tensión y anhelan la calma; sobre todo en el campo, que ha quedado prácticamente devastado. Las primeras emigraciones masivas a las ciudades datan de esta época. Además la coyuntura internacional es favorable, ya que los países europeos y Norteamérica necesitan de materias primas y minerales para afrontar sus proyectos desarrollistas. A falta de iniciativa propia ahí están las ya potentísimas multinacionales del petróleo y metal dispuestas a volar a México (que sin duda tienen cerca) en su socorro y ayuda.

En lo político, esos años aún viviendo la inestabilidad propia a todo proceso post-bélico, ven afianzarse el proyecto institucionalizador. Se aspira a la estabilidad, y eso acabando con el caudillismo tribal y militar de la época anterior. El constructor del nuevo estado, Calles (militar que domina durante la tercera década el panorama político mexicano) va a utilizar la alquimia del consenso y de la convergencia como remedio al cuartelazo y a las soluciones militares. De esos años data la creación del partido que aun hoy gobierna al país: el Partido Nacional Revolucionario, (hoy PRI).

Desde 1921 el movimiento obrero estuvo enfrascado en permanentes luchas internas. La guerra entre la CROM y la CGT fue constante hasta 1931. La primera desde una posición privilegiada que le proporcionaba su actitud proestatalista; y eso se traducía en un apoyo casi continuo del estado. En 1926 la CROM decía contar con dos millones de obreros afiliados, cifra sin duda abultada, pero significativa. La potencia de su aparato sindical y la prepotencia de sus líderes, impactan por su eficacia en un país sin tradición obrera y con un poder político todavía atomizado. Los conspiradores de turno tratan de atraerse a las filas a un sindicato que estiman decisivo. Morones desde su despacho en la dirección de la CROM es un personaje todopoderoso; maneja los hilos de la política a su antojo, y todas las decisiones grandes al estado le son consultadas. El influye en el cambio de ministros y personajes políticos. Maneja dinero a raudales que lo emplea tanto para él mismo como en la corrup-

ción de las corrientes disidentes.

Personaje curioso éste Morones. Las orgías nocturnas en su palacete de descanso, donde en una noche se consumen millones de pesos, son conocidas de la clase obrera, que se enorgullece de ello; así como de la inmensa fortuna que ha amasado en tres o cuatro años. Siempre camina acompañado de un enjambre de pistoleros, que hacen alarde ostentoso de sus gigantescos colt. Incluso físicamente hay un parecido portentoso con el emperador de Chicago Al Capone.

La disidencia sindical es resuelta drásticamente por sus pistoleros, si los disidentes no aceptan ser corrompidos. Este es un método que precisamente se instaura en esos años y que aún hoy sigue siendo practicado. Las huelgas, a ser posible son evitadas. Hay negociación directa con los patronos a los que en muchos casos se los obliga a firmar acuerdos laborales. La huelga más que un hecho real, será una amenaza utilizada a modo de chantaje por Morones; con fines políticos en la mayoría de los casos. Y además con resultados eficaces.

Podríamos decir que en varios años la CROM se ha convertido en una organización tan poderosa que escapa ya peligrosamente al control del estado. A veces asemeja un estado paralelo con vida propia.

Morones ya no es la marioneta manejable de antaño. El gobierno comienza a inquietarse, y en la medida de lo posible apunta sus baterías hacia sus antiguos aliados. El poder decide maniar al sindicato y aplastar a Morones. Lo primero solo se puede hacer consiguiendo lo segundo. Este cae en desgracia, pero aún va a durar un año más al frente de la CROM.

En 1932 la suerte está echada; el estado ha ganado y la CROM ha perdido la mayor parte de su enorme fuerza. El apoyo de las masas obreras es cada día más débil. Se reproduce de nuevo la fragmentación sindical.

El otro gran sindicato de esa época, la CGT vivió una evolución diferente, aunque la conclusión fue la misma. La CGT ya desde su misma creación, representaba la disidencia y el antagonismo a los métodos brutales de la CROM. Se forma en base a la convergencia de diversas corrientes obreras; principalmente anarquistas, y socialistas. Su postura desde el principio es antigubernista. El recurso a la movilización y a la huelga se va a utilizar con frecuencia.

Aún siendo conscientes, del carácter economicista inherente a cualquier sindicato, estiman que éste puede ser un arma válida en la lucha por la emancipación obrera y contra el estado.

La CGT es la historia de una paradoja: su postura apolítica siempre la condujo a tener una actitud política. Su fundación significó la primera ocasión en que los comunistas mexicanos apoyados por el ala anarcosindicalista del movimiento obrero fueron reconocidos a través de sus organizaciones. A diferencia de las organizaciones obreras anteriores la CGT desde el comienzo buscó ligarse al campo; aunque siempre incorporó a minorías.

Cual si asemejara una maldición, a partir de 1926 poco a poco va madurando el

liderismo, que se encamina a la tranquila vía de la conciliación y el oportunismo. La CGT que siempre había boicoteado cualquier iniciativa estatal, y que sistemáticamente se había negado a participar en la elaboración de la Ley Federal de Trabajo, va cambiando al final de la década. Se va expulgando de las corrientes más incómodas, y acaba en 1931 arrobándose en los brazos “amorosos” del estado.

La CGT aunque con escasa afiliación (nunca superó los 100.000 miembros) sirvió de matriz a diversos grupos políticos de izquierda que surgieron en su seno; y hasta 1931 se definía en los estatutos como central sindical anarcosindicalista.

El acceso a la presidencia en 1934 del general Lázaro Cárdenas, marcó el comienzo de una nueva situación que afectó profundamente a toda la población mexicana. Posiblemente este período se inscriba en el modelo de lo que se ha dado en llamar populismos latinoamericanos, que antes o después vivieron los países más significados de ese continente. La tarea de Cárdenas en lo fundamental consistió en hacer de México un país moderno, utilizando la vía de la filantropía política. El bienestar de las masas fue sin duda uno de los objetivos más importantes a cubrir, y al que se dedicó la mayor prioridad.

Para ello fue necesario acabar definitivamente con el peligro del caudillismo militar, y en eso sí fue inflexible. En la mayoría de los casos con el apoyo de movilizaciones populares, no dirigidas ni movidas por los prebostes del gobierno, sino francamente espontáneas.

El reparto de tierras y la transformación en el régimen de propiedad agraria, fue una de las maneras de solucionar el ancestral problema agrario, que diez años de guerra revolucionaria no había solucionado. Entre 1934 y 1940 se repartieron 18 millones de hectáreas entre campesinos pobres (en los 20 años anteriores se habían repartido 10) y se consolidó un modelo de propiedad social agraria típicamente mexicano: el ejido; estas eran medidas indispensables para pacificar el campo (creando fuerte apoyo al régimen) al mismo tiempo que se lo convertía en un sector importante del mercado industrial nacional. A partir de entonces los suministros agrarios a las ciudades en crecimiento industrial estarían asegurados.

Mediante una política fuertemente nacionalista se rescataron para el patrimonio público sectores económicos claves, hasta entonces en manos de compañías extranjeras como petróleos, industrias metalúrgicas, etc.

Para realizar un programa político de ese tipo, el cardenismo necesitaba apoyo masivo en las ciudades industriales, que no le proporcionaban ya los múltiples gremios atomizados debido a su ineficacia, ni los restos de las antiguas centrales sindicales y ahora en descomposición acelerada y además desprestigiadas. Hacía falta una poderosa organización que englobaba a la totalidad de la clase obrera dispersa.

Y de eso se van a encargar, de nuevo con el apoyo del estado, un grupo de dirigentes sindicales, salvados del naufragio anterior encabezados por quien sería el dirigente indiscutido y maestro de todos ellos al mismo tiempo que gran amigo de Cárdenas: Lombardo Toledano.

Es en 1936 cuando reunidos cientos de representantes de los diversos sectores obreros del país se decide la Confederación de Trabajadores de México (CTM). No es éste el momento de describir los caracteres y problemas de su fundación que fueron múltiples; pero sin duda en ellos estaría el “registro genético” de su historia posterior. Aunque oficialmente la CTM se presenta como el sindicato de todos los obreros, de todas las tendencias, desde nacionalistas hasta comunistas, en la realidad hay una lucha sorda y sin reglas por desplazar de puestos de responsabilidad a elementos “peligrosos”. La primera escaramuza sería se presentó ya en el congreso de fundación, donde el comunista Campa fue desplazado de un puesto que a causa de los acuerdos le correspondía, por el oscuro y habilísimo Fidel Velázquez (todavía hoy presidente de la CTM). Desde el principio se decidió que la CTM estaría afiliada al partido del gobierno; con lo cual legalmente cada uno de los miembros del sindicato sería a su vez miembro del partido. Esta vinculación se mantiene aún hoy.

El nacionalismo y el obrerismo de esos años inundó la vida pública; al tiempo que se generaba una corriente de acercamiento popular a las decisiones presidenciales. De las organizaciones sociales quizá la más cercana e identificada con Cárdenas fuera la CTM. Eso posiblemente ayudó a desterrar de lo sindical, la violencia y la corrupción tradicional, que la honestidad política del presidente rechazaba.

El crecimiento de la Confederación fue sustancial en poco tiempo, viéndose alimentado además por las continuas disputas entre el gobierno y los jefes empresariales (como fue el caso más espectacular de Monterrey en 1938), al tiempo que el lenguaje radical y declamatorio tamizado de prosovietismo staliniano de la mayoría de los cuadros sindicales, causaba impacto positivo en las masas pobres del país. Se decía entonces en México que junto con la Unión Soviética eran los dos únicos países socialistas del mundo. Las relaciones con la URSS vivieron su época dorada; y tanto fue así que Stalin disolvió prácticamente el Partido Comunista de México ya que según él la CTM y el partido del gobierno eran los más avanzados y genuinos representantes del “proletariado revolucionario”. No le fue difícil convencer a un partido (el comunista) creado artificialmente de la necesidad de su desaparición.

Una vez preparadas las “condiciones objetivas”, México a partir de 1940 se orienta al contexto del mundo occidental. Según los economistas el país se eslabona durante esos años en la cadena económica internacional. Durante la guerra mundial, suministrando productos y materias necesarias a los aliados. Después de 1945, participando a su modo en la euforia productivista que invade la reconstrucción europea.

Sin duda las sólidas instituciones e infraestructura creadas por Cárdenas eran no solo válidas sino indispensables para el período de despeque industrial que se preveía. Simplemente había que despojarlas de su contenido social y populista. Y eso habría que hacerlo desde su mismo seno, y de la manera menos traumática. A ser posible.

A Cárdenas le sucede Avila Camacho, hombre oscuro de poca huella, pero que hará de puente y facilitará las cosas a Alemán, con el que se instaura una fase típica-

mente “post-bélica”, donde el anticomunismo será elevado a razón de estado.

Se paraliza la reforma agraria, se dará marcha atrás en la propaganda social del régimen; se instaura una nueva normativa laboral más rígida e inflexible. Al tiempo que se dan amplias garantías a la inversión extranjera con la promesa de paz social y dividendos asegurados. Es el momento del despegue industrial a costa entre otras cosas, del mundo agrario. Se exige mayor productividad agrícola capaz de alimentar a ciudades en aumento debido a la diáspora campesina. No solo se hace la vista gorda a propiedades agrarias mayores de lo permitido, sino que el mismo presidente de la república se convierte en el mayor hacendado del país. Se funda un grupo económico que pasará a la historia con el nombre de “grupo Alemán”... y se pone orden en los sindicatos.

Desde 1942 hay una lenta pero progresiva “caza de brujas”; Lombardo Toledano hasta entonces dirigente indiscutido, pero demasiado escorado a la izquierda es defenestrado de la CTM, por sus antiguos discípulos. Los comunistas son expulsados del sindicato y sus partidos ilegalizados. En 1945 se firma un pacto social CTM-Patronal, que lleva consigo la abolición de conquistas obreras históricas, tales como el derecho a huelga, etc.

Hay intentos de crear nuevos sindicatos por parte de los grupos represaliados, y de hecho se realizan. En 1947 los comunistas fundan la Central Unica de Trabajadores (CUT) y Lombardo da vida a la Unión General Obrera y Campesina de México (UGOCM) en 1949; pero no pasarán de ser grupos minoritarios de poca audiencia, que acabarán en meras siglas antes de desaparecer en los 50.

En 1948 se dió el golpe definitivo para expulsar a los dirigentes de los sindicatos independientes que aún quedaban en el interior de la CTM. Es conocido popularmente como el “charrazo” sindical. Los jenízaros del gatillo ocuparon los edificios de los sindicatos y expulsaron a punta de pistola a los que no se habían dejado intimidar por las amenazas de la cúpula nacional. A partir de entonces cae la noche. Noche larga en la que cualquier disidencia será aplastada sin piedad. Los vencedores son poco generosos con los vencidos, acallan en el acto toda forma de disenso y protesta, y la intolerancia se instala de nuevo en el puesto de mando.

El único sector obrero que tradicionalmente se había mantenido fuera de la CTM, con gran carácter de independencia era el sindicato de los ferroviarios. En 1958 por desacuerdos en la negociación del convenio se recurre a la huelga, durante varios días los trenes descansan en las estaciones. El gobierno utilizando el aparato propagandístico (del más engrasado de sus aparatos) justifica, por altas necesidades hacia la patria, la intervención militar. Apoyados por los pistoleros de la CTM el ejército entra a saco en la sede del sindicato y en las estaciones. Varias docenas de fusilamientos en el lugar saldan el asunto. Al día siguiente los trenes serpentean perezosamente a lo largo de todo el país.

La huelga ferroviaria fue la última oposición obrera frontal a la alianza CTM-estado. Creo que con ella se cierra un largo período histórico, a partir del cual el con-

trol estatal, va a perfeccionarse.

Si hasta los sesenta la única voz de la disidencia que se había escuchado provenía del sector obrero, posteriormente ésta va a tener un carácter prioritariamente ciudadano. La oposición al estado que la mayoría denomina burgués y muchos pro-imperialistas (sobre todo en la época de Díaz Ordaz) se alimenta de sectores con poco peso hasta entonces: universitarios, profesionales y clase media en general. A partir de 1965 el antagonismo con el sistema, se centra en la carencia real de libertades democráticas. En ese antagonismo los sectores obreros pasan a segundo plano; la clase media, ha elevado a primer plano la contestación civil a un régimen, que ya tiene pocos argumentos para el apaciguamiento. Los universitarios, forman en esa época ya un numerosísimo grupo, que contrasta con el analfabetismo dominante. El crecimiento de las universidades es testimonio del cambio "estructural" que se ha producido en los últimos años.

La revuelta civil de 1968 y la hecatombe trágica en que desembocó resuena como el primer martillazo que agrieta la base monolítica del poder. Esa fecha abre un nuevo panorama en la historia reciente. Se acabó el consenso dicen unos. El estado perdió aliados valiosísimos dicen otros.

En los últimos años la CTM ha perdido la exclusiva; aún siendo mayoritaria han surgido diversos sindicatos y grupos obreros independientes de fuerte implantación en algunos sectores. La contestación tiene cada día más voces, incluso parece ser que la vieja alianza de la Confederación con el Estado, tiene serios problemas.